

Libros

Entrevista con Carlos Luria, coautor de *Yo no debería estar aquí*

«Los libros son puertas que nadie podría cerrarnos jamás.»

El filósofo Emilio Lledó, en *Sobre la educación*, deja abiertas las puertas por las que los hombres pasan o traspan o trasponen o cruzan o rezuman.

Los libros, el viático que nos hace libres, se aparejan en las estanterías del periodista metido a escritor Carlos Luria (Barcelona, 1962), o se abalanzan o se interrogan o se entremezclan o susurran o siembran.

«Sí que sé qué libro cambió mi vida, y me marcó. No sé qué edad tendría. Sé que era un tocho de *Reader's Digest* que se titulaba *Supervivencias*, historias de situaciones límite, cómo superarse en condiciones extremas», dice o desdice o asegura o asevera o afirma Carlos, barcelonés con voz de barítono, cabeza de detective y espalda recta de Ocatarinetabelachitchix, el corso de las aventuras de Astérix.

Antes de que Carlos supiera que se iba a dedicar a la escritura, a espolvorear las letras de mazapán de los cuentos, cursó educación general básica en los escolapios de Nostra Senyora, en el distrito de l'Eixample.

«Tuve como profesor al padre Francesc Martínez-Soria, hijo del actor Paco Martínez Soria, a quien no conocí. Con su hijo fuimos toda la clase de excursión al Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido», recuerda, apresado por la memoria de los elefantes que guardan bien adentro los momentos en los que fueron felices, intensamente felices. «Yo ya me puse a trabajar de bien jovencito, porque entonces se trabajaba, combinándolo con los estudios. Primero vendí a domicilio bolígrafos Vic de punta fina. Luego subí un escalón y vendí bolsas de basura. Y luego subí otro escalón y vendí enciclopedias.»

Después de que Carlos supiera que se iba a dedicar a la escritura, a disputarse las grafías de los relatos, se matriculó en la licenciatura de Periodismo, en la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB).

En la estantería ya reposaban, exhaustos por ser objeto de lectura, *Los renglones torcidos de Dios*, de Torcuato Luca de Tena, la valentía de Alice Gould por dar con el asesino; *La sombra del ciprés es alargada*, de Miguel Delibes, encerrado entre las altas murallas de Ávila, y *Secuestro de Estado*, de José Luis Martín Vigil, novela psicológica, patológica y psicótica.

Carlos se toma el café solo, o se lo embucha o se lo zasca o lo sorbe o lo traga o lo contempla. «No te quiero dar la chapa», dice.

No da la chapa. El resumen de su «rollo» es este: montó la emisora pirata Venus, en el barrio de la Barceloneta («íbamos fumados la mayor parte del tiempo»); hizo el servicio militar en Valencia («me lo pasé pipa: me subí en helicóptero, en globo, en tanque, en submarino... Me convertí en el fotógrafo de la región militar»); colaboró en *El Periódico de Catalunya*, a cargo del profesor de la UAB Santiago Ramentol («les enviaba crónicas desde Valencia»); colaboró en el semanario *El món*, que dirigía el radiofónico Joan Barril («muy receptivo»); colaboró en la agencia Europa Press («un colega de la profesión me dijo algo que aún recuerdo, en relación con una entrevista que le hice al president Jordi Pujol: “Está bien, pero ten paciencia, te faltan toneladas de experiencia”»); entró a trabajar en la cadena Cope con el quebrantahuesos Luis del Olmo, el gigante de la radio española («la primera vez que le saludé me dijo que me echaría a la calle si le volvía a llamar de usted»); entró a trabajar en la Ser, con la versátil Gemma Nierga que dirigía *La ventana* («quería experimentar y me largué»); volvió con Luis del Olmo, ya en Onda Cero, y con quien ganó un Premio Ondas («Luis

me ha enseñado a tener criterio, a ser riguroso, a ser extremadamente cuidadoso, y a saber que en la radio no se puede llegar tarde»; dejó de lado los medios y se tiró a la ficción con su ópera prima *Uno de los muertos* (2010)... y el libro que aquí se pregona: *Yo no debería estar aquí* (Ediciones Carena, 2023), coescrito con su exalumna Gabriela Redondo; estudió jardinería en el instituto Rubió i Tudurí; estudió arquitectura, pero le suspendieron las mates; estudió astronomía (nivel aficionado)... Y sigue escribiendo («tengo en la cabeza un diálogo entre Moisés y Dios») y sigue abriendo puertas para seguir atravesándolas o echándolas abajo o decorándolas o rayándolas o abriéndolas.

Jesús Martínez